



PALABRAS

Confinadas Retratos de una pandemia

CATEGORÍA

MENCIÓN HONROSA



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Nombre: Valentina Soto Astorga
Carrera: Dirección Audiovisual
Título obra: "La taza del viejo"

Cuarentena. Cua-ren-te-na. La palabra, según recuerdo, solía dar fobia, ahora me atrevería decir que es una palabra hasta confortable. Protección, casa, familiaridad. Ahora lo pondría como sinónimo de hogar. Casa, interior y protección.

En ningún momento me asusté, de hecho, había fantaseado con el momento de tener tanto tiempo a mi disposición para crear una infinidad de nuevos planes. Nunca fui una persona de exteriores, para mí, las casas implican una inagotable fuente de misterios.

Estaba con mi abuelo, el viejo. Los primeros días nos pasábamos horas jugando a las cartas y al dominó, apostando monedas de cien pesos e intentando ir siempre un paso adelante del otro para que no descubrieran las trampas. Éramos "los tramposos", ganadores de pequeños motines familiares gracias al minucioso entendimiento que teníamos uno del otro.

"Pilla" me decían, "no se te escapa una" pero una grande si se me estaba escapando. Mi abuelo comenzó a perder la memoria. Las primeras veces me reía creyendo que lo hacía con intención de molestarme. Cuando entendí que no era un juego entré en pánico.

"Son cosas que pasan" me decía él, pobrecito, él era consciente de todo lo que iba pasando, incluso se sentía un poco responsable de no ser capaz de retener los recuerdos que tanta gracia nos hacían. Ya no me contaba las mismas anécdotas una y otra vez, se quedaba inerte, mirando al horizonte, callado y evitando el contacto humano.

Confidencias borradas lentamente como en una trituradora de papel, nada se estaba quedando en él. Una noche de desesperación le confesé: "tengo miedo; no, muchos miedos, así, en plural." Él me miró como siempre lo hacía y me abrazó. Entendí que no era posible hacer nada. Tenía miedo de que ese resquicio de olvido que su cabeza había abierto jamás pudiese cerrarse, miedo de tener que enfrentar esto sola, miedo de perder esto cuando apenas lo he vivido y, yo qué sé, un sinfín de cosas, algunas tan pavorosas que me paralizaban y me hacían dormir un poco más triste e insatisfecha que el día anterior.

Una conciencia torrencial no me dejaba conciliar el sueño. Todos los pensamientos que eludía afanosamente durante el día me daban caza de noche, a oscuras. Me propuse luchar contra esa vorágine de todas sus tormentas y esa cabeza contradictoria y poco consecuente.

Una tarde me llamó a tomar un té, yo no podía más que pensar en que a cada segundo lo perdía. Sabotaje a uno mismo, me había puesto la venda antes de hacerme la herida. Distraída boté la taza, clac, y digo "clac" a falta de una onomatopeya que me sirva para designar algo así como un resquebrajamiento, porque para nuestra sorpresa, la taza no se quebró, nos miramos y por primera vez después de mucho nos dedicamos una sonrisa, esta vez libre de miedos, libre de penas, una sonrisa de aquellas que le dedicaba cuando era niña después de hacer una travesura. Él se rio, tomó su boina que reposaba en la silla a su lado, se levantó y llevó con cuidado la taza a la cocina, después de lavarla la guardó.

Así pasaban los días, una taza pegada a la otra, una amarga para mí, otra azucarada para él. Durante todo ese tiempo nunca volví a botar otra taza.

Durante un día no pude más que pensar en los planes que quedaron inconclusos. Él no sabía de letras ni de la inmensidad del mundo, me imaginé viajando, caminando, comiendo y descubriendo junto a él. Nos imaginamos tantas cosas que se nos olvidó hacerlas reales.

Y fue precisamente mientras cavilaba sobre esas cosas —bueno, cavilar igual es un verbo demasiado pedante y poderoso para referirme al revoltijo inconexo de cosas que bullían en mi cabeza—, cuando me informaron que había muerto. No tengo más recuerdos hasta su funeral, los debo haber borrado. En mi memoria solo existe la noticia y el entierro.

No sabía cómo sentirme, si tenía que estar afligida o tranquila o nerviosa. Me sentía en una especie de limbo incómodo. En ese minuto se me ocurrió una broma, una que solo él habría entendido, una demasiado oscura para ser correcta.

Todos estaban pendientes de mí, mirándome como si fuera a romperme en dos segundos, con las manos abiertas esperando a que me estrellara contra el suelo y pudieran recoger rápido mis pedazos para pegarlos. Pero no lo hice, me sentía rota por supuesto, deshecha en mil pedazos; miré su ataúd, bajando lentamente para quedar bajo tierra y recordé la taza de café. La taza cayó, y en ella quedaron algunas rayas que evidenciaban el golpe, pero no se rompió, duró, todavía dura para ser exactos. Me imaginé a mí como la taza, marcada y delicada, pero no estaba rota, él se aseguró de recogerla y de asegurarla para que en su ausencia no se quebrara.

Mi mamá finalmente mencionó que la primera palabra que salió de mi boca fue "tata", yo solo... suspiraba.



ORGANIZA:

DAE | DIRECCIÓN DE ASUNTOS
ESTUDIANTILES

COLABORA:



EDICIONES UC